



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

SALUDO AL SECRETARIO GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS

*DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**

Nueva York

Martes 2 de octubre de 1979

*Señor Secretario General,
señoras y señores:*

Respondo con profunda gratitud al saludo del Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas. He estado esperando con ilusión este momento desde el día en que él me hizo, inmediatamente después del comienzo de mi pontificado, la invitación para dirigirme a la XXXIV Asamblea General. Su amable iniciativa, que me honra enormemente, está, así, en el origen del viaje que me ha llevado primero a Irlanda, y que continuaré por los Estados Unidos de América.

Su organización tiene un significado especial para el mundo entero, porque en ella confluyen las necesidades y las aspiraciones de todos los hombres de nuestro planeta. Siendo el supremo foro internacional, reúne los esfuerzos y la opción por el bienestar de todos los hombres y mujeres, que han decidido honrar el empeño que los fundadores de las Naciones Unidas se propusieron hace 34 años y que reflejaron en el primer artículo de la Carta: trabajar juntos para coordinar las acciones de las naciones en el logro de la paz y la seguridad internacionales, desarrollar las relaciones amistosas entre las naciones, fomentar la cooperación internacional, y promover el respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales de todos, sin distinción de raza, sexo, lengua o religión.

El primer día después del solemne comienzo de mi ministerio como Pastor Supremo de la Iglesia católica, dirigiéndome a los representantes de los Estados y de las Organizaciones

Internacionales, aproveché la ocasión para expresar mi reconocimiento por el importante papel de las Organizaciones Internacionales, y en particular de las Naciones Unidas. Aquí quisiera manifestar de nuevo cuánto valoro su Institución. Porque como dije en aquella ocasión, "sois vosotros los primeros convencidos de que no puede existir auténtico progreso humano ni paz durable sin la búsqueda valiente, leal y desinteresada de una mayor cooperación y unidad entre los pueblos" (23 de octubre de 1978).

Sí, la convicción, que nos une en este servicio común a la humanidad, es que en la base de todos los esfuerzos debe estar "la dignidad y el valor de la persona humana" (Carta, preámbulo). Del mismo modo es la persona humana —cada uno— quien debe hacer realidad los objetivos de su organización en las realidades concretas de las relaciones amistosas, de la tolerancia, de la libertad y la armonía para todos. Los representantes de las naciones pueden adoptar decisiones y soluciones, pero su verdadera encarnación ha de ser llevada a cabo por el pueblo.

Así, pues, a través de ustedes, Señor Secretario General y distinguidas señoras y señores, al comienzo de mi visita a las Naciones Unidas, saludo a todos los hombres y mujeres representados en las Naciones Unidas. Que la esperanza que ellos ponen en los esfuerzos y la solidaridad que nos une a todos nosotros, no sea nunca defraudada. Que ellos experimenten en los logros de las Naciones Unidas que sólo existe un mundo y que éste es la casa de todos.

Gracias, y que Dios les mantenga en sus elevados ideales.

**L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, n. 41, pp. 10, 12.